

Blas! Cual lo hicieron vuestros hermanos há diez y seis siglos, cuando acababa de inmolaros la furia de los perseguidores, así nosotros en estas apartadas playas hemos orado á vuestro lado y os hemos conducido á digno sepulcro. Dormid, dormid en paz y orad por nosotros. Águeda, que venciste con igual valor á la infame hechicera enviada á pervertirte, y á los verdugos que lacera-ron tu seno, ya no sólo tu nativa Sicilia se gloriará de poseer tu sepulcro y de experimentar tu protección. También nosotros poseemos porción de tus huesos y reclamamos nuestra parte en tu patrocinio. Catarina, virgen y mártir, Bernardino de Sena, confesor ilustre, cuyos milagros asombraron al mundo, Patricio, Apóstol nunca olvidado de la fiel Irlanda, pues hasta nosotros han llegado en parte vuestros restos mortales, pues os hemos preparado un lugar de descanso, que no desdice de los que en otras partes ocupáis, no os pese dormir entre nosotros; y orad por los que, orando en torno vuestro, mucho esperan del alto valimiento que tenéis en el reino celeste.

¡Oh Santa Iglesia Católica! Hasta aquellos ritos y aquellas ceremonias que á un ojo poco observador parecen insignificantes, prueban la divinidad de tu origen, la inmutabilidad de tus instituciones. Con razón al penetrar en las antiguas catacumbas los más sabios doctores de las Universidades de Inglaterra, antes acérrimos enemigos del Catolicismo, tornaron á la unidad. Al ver en aquellos monumentos de los primeros siglos del cristianismo, las pruebas evidentes de que los discípulos inmediatos de Jesucristo tenían los mismos sacramentos que hoy tenemos, confesaban á Jesucristo realmente pre-

sente bajo las especies eucarísticas, veneraban las reliquias de los Santos, oraban frente á las sagradas imágenes; á la evidencia de aquellos innegables testimonios no pudieron menos que rendirse los doctos varones, y algunos que no tuvieron valor para andar todo el camino desde el Anglicanismo hasta la unidad Católica, al detenerse á media jornada introdujeron en su secta tales reformas, que al ver el forastero en sus templos los cirios ardiendo sobre el altar, los ornamentos y vasos sagrados de la misma forma que los católicos, al leer algunos de los libros por ellos escritos, llega á dudar algunos momentos que todo esto sea hechura de uno que aún no regresa al seno de la Iglesia.

Ved, Señores, en nuestro altar el sello de esa antigüedad y de esas tradiciones que hacen descollar tan alto á la verdadera Iglesia de Jesús. Esa urna sepulcral, que contiene los preciosos despojos de vírgenes sagradas, de mártires, de confesores y de santos Pontífices, no sólo por su forma nos recuerda las primeras aras en que se ofreció el sacrificio eucarístico, sino que por su inestimable contenido nos une en realidad con el siglo en que predicó San Patricio en Irlanda, y con la época remotísima en que San Apolinar y Santa Águeda dieron su vida por la religión. Pero ¿qué digo? Ese mármol rojo que veis en las columnas de la urna y en la base del tabernáculo, nos lleva á los tiempos más remotos; porque no se extrae, como indica el nombre con que los inteligentes lo designan, de canteras recién descubiertas, sino que se tiene que ir á buscar entre las ruinas de la antigua Grecia.

Y aun es comparativamente moderno, si fijamos la

atención en los serafines de bronce que sostienen la marmorea cornisa. En diminutas proporciones, nos recuerdan aquellos querubines de oro que mandó el Señor á Moisés poner en ambos lados del oráculo, haciendo sombra con sus alas al arca sacrosanta: *duos quoque cherubim aureos et productiles facies ex utraque parte oraculi.* (Exod. xxv. 18.) ¡Cómo! dirá quizás alguno. ¡Dios mismo mandando poner en su templo estatuas é imágenes! Así es, Hijos míos: el Señor tuvo compasión de nuestra miseria, y sabiendo que nuestra mente con la mayor facilidad se distrae, quiso que en los lugares de adoración tuviéramos constantemente delante de los ojos esculturas y cuadros que exciten nuestra devoción y nos representen los misterios que adoramos. Bien hacéis, por tanto, en adornar vuestro templo con imágenes del Salvador y de su Madre Santísima, con retratos de los Santos y representaciones de los Ángeles: estad seguros que al hacerlo, os conformáis á los mandatos del Señor. ¡Ah! Quien destierra de su presencia las efigies de los seres á quienes debe amor y respeto, veneración y gratitud, prueba que también los ha desterrado de su empedernido corazón.

Bien obráis igualmente en hacer cuanto está de vuestra parte por enriquecer la casa de Dios, por adornarla con metales y jaspe, por traer en cuanto es posible tesoros artísticos. *He amado, ¡oh Señor! la belleza de tu casa,* decía David: *¡cómo! yo habitar en palacios dorados, y el arca del Señor permanecer bajo tiendas mezquinas.* ¡Cómo! (habéis dicho vosotros). Pensar tan sólo en adornar nuestras propias habitaciones, en aumentar nuestros bienes, en construirnos casas suntuosas, y de-

jar al Señor abandonado en una morada poco digna de su majestad. ¡Cómo! ¡Buscará el marino al acercarse á nuestras costas un campanario que le sirva de guía, y sólo verá la ruin y baja torre ennegrecida por el tiempo y apenas discernible entre los demás edificios! ¡Cómo! ¡Entrará el viajero al primer punto donde todo forastero se dirige, al templo de Dios, y lo hallará sin adornos ni belleza, sin lujo ni aún la comodidad que favorece á la devoción!

Pensásteis y obrásteis. Además de esos altares de más ó menos riqueza, que fueron poco á poco elevándose en derredor, merced á la generosidad aislada de algunos habitantes, llegó un tiempo en que os unisteis para la mejora de vuestro templo, y que de vuestros esfuerzos coadunados surgió la obra á cuyo coronamiento hoy asistimos. *Mulierem fortem quis inveniet?* dice la Escritura. ¿Dónde, dónde será posible hallar á la mujer fuerte que tome la iniciativa con ánimo esforzado y varonil, y lleve á cabo sus buenas empresas, venciendo los obstáculos materiales y la oposición de los contrarios; haciéndose superior á los sarcasmos y á las burlas, superando sobre todo esa indiferencia glacial que desanima al más valiente y echa por tierra los planes mejor concebidos? ¿Dónde, dónde se encontrará tan rico tesoro? *Procul et de ultimis finibus pretium ejus.*

Se encontró, Señores, y sois acreedores á la gratitud de la Iglesia, por la generosidad y presteza con que secundasteis la iniciativa de esforzadas matronas. Ya es digna de vosotros la elevada torre que desde muy lejos alegra al navegante agitado por el aquilón; ya la fachada de vuestra Iglesia no desagradará al más descontento.

tadizo viajero; ya el interior del templo corresponde á la majestad que debe ostentar el culto en una ciudad de la importancia de la vuestra.

La civilización también os da las gracias. ¿Qué es un pueblo sin templo; qué es una ciudad sin altar? Recorred, recorred el mundo, y hallaréis que en todos tiempos y en todos los países el templo nos da la medida de la cultura de una ciudad, de una provincia, de una nación. El arte se ha descuidado mucho en esta parte de nuestra patria; el gusto ha sufrido y se ha descarriado con la falta de buenos modelos que imitar. Este mal empieza á remediarse, y el último viaje de vuestro Pastor á los centros de la culta Europa le sirvió, no sólo para cumplir con el sacro deber de visitar los sepulcros de los Apóstoles y rendir á nombre suyo propio y vuestro el homenaje debido al Romano Pontífice, sino también para traeros objetos sagrados de gracia y belleza antes desconocidos, y que ayudarán mucho á las generaciones venideras para ir formando su gusto y acostumbrando el ojo á lo bello y grandioso. Ved ese jaspe verde-mar que se levanta en graciosa combinación con el rojo antiguo, y con el cándido mármol á que contribuyeron unidos la italiana Carrara y los Franco-Hispanos Pirineos. Recorred toda entera nuestra República, y encontrad, si podéis, muchos tabernáculos, en que la hermosura artística resplandezca á la par que en el nuestro; en que para dar cabida al Rey de los reyes sacramentado, gire sobre brillantes gonces una puerta más primorosamente cincelada.

¡Ah! Si hubieran sido los tiempos mejores; si afluyeran al tesoro episcopal esos diezmos de que no he llegado

á ver un solo centavo en este distrito; si hubierais abierto vuestras arcas con mayor franqueza aún de lo que lo hicisteis, más grandioso todavía sería el monumento que hoy inaugurara. ¿Sabéis entonces qué os hubiera traído? Un rico baldaquino, un altar cuadrangular con cuatro vistas, todo del material más precioso y del gusto más exquisito, como que es copia exacta del soberbio altar mayor de la Basílica Liberiana de Roma. ¡Oh! cuántas veces con ojos llorosos lo contemplé largas horas, suspirando por el día en que veinte millares de áureos escudos fuesen depositados en mi mano, para enriquecer vuestra iglesia con ese monumento cuyo artífice busca ansioso algún opulento comprador. Pero ¡ay! ni la vigésima parte de la suma requerida ha llegado aún á mis manos, y el precioso altar que pude procuraros importó tres veces más de lo que me dísteis. Confío en vuestra generosidad, oh fieles de Tampico, que no dejaréis de depositar lo que falta, no en mi arca que gracias á Dios no tiene fondo, sino en la de los pobres obreros y estudiantes de mi diócesi, que muchas veces por falta de trabajo y auxilios se lanzan á empresas vedadas, y para quienes es, en último resultado, cuanto viene á poder de vuestro jefe espiritual. Yo os exhorto, aunque no lo habéis menester, á ser generosos. De igual manera que una plaza tomada requiere que se deje en ella guarnición permanente, un edificio construido ha menester de conservación y continuas reparaciones, sobre todo en un clima como el vuestro. Ved esas paredes blancas há poco, ved esas bóvedas restauradas no há muchos meses. Requieren ya nuevos gastos y nuevos trabajos.

Por lo que vais á hacer y por lo que habéis hecho, os doy las gracias á nombre de la Iglesia, de mi pueblo, del arte y de la civilización. Elevemos ahora al cielo nuestros corazones, y rindamos gracias al Supremo Dador de todo lo bueno y de todo lo grande, porque ha permitido que veamos construida y trasportada, erigida y consagrada el ara máxima de esta Iglesia Matriz. En verdad, os diré repitiendo en idioma vulgar lo que há poco entonaba en la expresiva lengua de la Iglesia, ¿qué cosa hay más justa y más digna, en qué habrá mayor equidad, qué acto será más provechoso para nuestra salud espiritual, que el hacerte gracias eternas, siempre y donde quiera, oh Padre omnipotente, clemente y sempiterna Deidad? Ni te hemos conocido principio, ni habrá generación que descubra tu fin. Grande eres, y grande has querido mostrarte, y los elementos todos no bastan á contener tu majestad. Tus humildes siervos aquí congregados te bendecimos agradecidos, y rendidos te suplicamos una y mil veces, que este altar que hemos consagrado á tu nombre, te sea tan grato como aquel que, con su propia sangre derramada por la diestra fraterna, empapó y consagró el justo Abel, precursor en el misterio saludable de la pasión de tu Hijo. Complázcate, oh Señor, este altar, como aquel que te fabricó el padre Abraham, después que lo favoreciste con tu vista, y que consagró invocando tu nombre santísimo; como aquel en que el Rey-Sacerdote Melquisedec expresó, después del triunfo, la forma de nuestro sacrificio. Míralo con ojos benignos como aquel en que Abraham, creyendo en tí con todo el corazón, con todo el corazón también impuso á su hijo querido, en quien estaban vinculadas todas

las promesas de nuestra redención. Lo impuso, oh Señor, para mostrarnos el misterio de la Pasión Domínica; pero tu benignidad permitió que sólo un cordero fuese inmolido. Que nuestro altar te agrade como el que Isaac erigió al encontrar el pozo deseado, y Jacob elevó con la piedra en que había reclinado su cabeza, durante la visión en que tantos arcanos le revelaste. Te pedimos, Señor, que este altar no sea menos en tu presencia, que aquel que Moisés construyó con doce piedras prefigurando el Senado Apostólico; ni el otro que el mismo caudillo purificó con largos ritos de siete días de duración, y llamó, después del celeste coloquio que con él tuviste, el *Sancta Sanctorum*. Tú dijiste, oh Señor, á Moisés: Quienquiera que se acerque á este altar y lo toque conforme al rito; quienquiera que de él participe, participará también de su pureza y santidad. *Si quis tetigerit altare hoc, sanctificatus habeatur*. Te rogamos, por tanto, oh Señor, que en este altar recién erigido reine el culto de la inocencia, y la soberbia sea la víctima que en el ara se inmole. Caigan sobre él destrozados los rencores que á muchos hermanos dividen; en vez de bueyes y corderos, degollemos á la ira. Caiga la sensualidad herida de muerte; y en lugar de las candidas palomas de la antigua Ley, ofrezcamos arrodillados junto á su base el sacrificio de la inocencia, el holocausto de la castidad. *Sit in hoc ergo altare innocentiae cultus, immoletur superbia, iracundia juguletur, luxuria omnisque libido feriatur, offeratur pro turturibus sacrificium castitatis, et pro pullis columbarum innocentiae sacrificium*. Oye, Señor, la súplica, que por tu Hijo Unigénito Jesucristo, te hago al frente de las ovejas que me encomendaste; y así como tu Providencia

confirmó benigna la bendición que Salomón impartió á su pueblo el día de la dedicación del templo, confirma la que yo doy á mi rebaño, terminada apenas la consagración de nuestro altar. Así sea.



## DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO  
DE CIUDAD VICTORIA, LA NOCHE DEL 6 DE ENERO DE 1879.

**N**O pidáis á mis labios los gritos de esperanza con que hace seis años inauguraba mi Seminario, ni los clamores de gozo con que, hace tres, lo trasladaba al nuevo edificio que nos alberga. Confiaba poder hoy entonar mi primer cántico de victoria; pero en vez del himno de triunfo que tenía preparado, sólo os llamo á escuchar gemidos de dolor. Desde que el día de la Epifanía del Señor de 1876 os dirigí el entusiasta discurso que no habréis olvidado, y que rebosaba alegría,